

La Virgen del Sena

Escribe: CARLOS DELGADO NIETO

—Oiga, creo que usted también la conoció. Fue una tarde en que íbamos ella y yo por el bulevar Saint-Michele, y usted se hallaba sentado en la terraza del “Café des Ecoles”.

Después de meditar un rato chupando mi cigarrillo, respondí: “No recuerdo”. Yo recordaba muy bien aquel rostro definido y el aire de mujer que se basta así misma, subrayado por un andar amplio y preciso; sin embargo, preferí decirle a mi compañero de viaje que no la conocía para que hablara con mayor libertad.

—¡Pero qué complicada estaba esa pobre muchacha! —continuó mi interlocutor, y añadió: —No sabía qué hacer de su cuerpo ni de su alma. La virginidad se le había convertido en su principal tema de conversación. Me contó que su familia la había hecho someterse al psicoanálisis, considerando que estaba loca o a un punto de estarlo. “Una prueba de que no estoy loca es que no le tengo miedo al psicoanálisis”, me dijo que le había espetado al psiquiatra al iniciar las pruebas. El médico, como es natural, debió considerar entonces más urgente el tratamiento, y la sometió a uno que duró dos meses. No se lo relato porque es muy largo; además, ella quizá le pone fantasía a lo que cuenta para hacerlo más interesante.

Se me ocurrió preguntarle a mi amigo qué hacía aquella mujer en París, y me respondió:

—Estudiaba idiomas, para los cuales no poseía ninguna vocación. Vi esto muy claro, pues al cabo de dos años de permanencia en Francia ignoraba cosas elementales del idioma francés. Ella también lo sabía, pero necesitaba ese pretexto para permanecer en la gran ciudad, bien lejos de su familia, que seguía juzgándola loca y la instaba a casarse. Varios de sus compañeros de estudio le aconsejaban lo mismo, y uno de ellos, un estudiante francés, finalizó una larga conversación con las siguientes palabras: “Usted lo que necesita es casarse *vite, vite*”, como quien dice: ahora mismo. Me contó que antes de los veinte años había amado a un joven y se iban a casar, pero él no quiso hacer un matrimonio bohemio, sino esperar un poco hasta graduarse, comprar muebles, etc., y le quitó la vida una peritonitis después de ser sometido a una apendicectomía. Con frecuencia se quejaba ella de jaquecas. Yo me acordaba del “clavo histérico” que le oí mencionar a un médico legista; pero ni pensé en hablarle de eso a mi amiga, pues habría sido como ponerme de parte de su familia. Me limitaba a apoyar su tesis de que las jaquecas le provenían de desarreglos estomacales, y hasta le indicaba remedios.

Esta virgen de París, que no había nacido en París sino en Centroamérica, tenía —además de su virginidad— otro tema de conversación: era un artículo que había producido en relación con la situación de la mujer en la América Latina. El amigo del barco me refirió que ella hablaba en diversas formas de su artículo y del éxito que con él había obtenido. Por cierto que después de hablar de la publicación del artículo anotó que cuando acabó de escribirlo, en su casa le hicieron objeciones y ella rompió entonces el único original que poseía. Ante aquella incongruencia, mi amigo le preguntó si era que había reconstruido lo escrito. Ella respondió que no lo había vuelto a escribir, pero en cambio las ideas consignadas allí las había expuesto en una reunión feminista y una de las asistentes las copió, con lo cual el “artículo” se convertía inesperadamente en un discurso que ni a su propia autora le constaba que hubiera sido impreso.

Otro dato anotado por mi compañero de viaje es que la centroamericana, cuando no hablaba del artículo ni de su virginidad, pronunciaba repetidas veces y como saboreándola, la palabra “París”. Sentada en la terraza de un café o andando por la calle, aprovechaba cualquier interrupción del diálogo para nombrar la ciudad, a veces en forma duplicada: “París, París”. Era como una manera de adquirir conciencia de que no solo estaba lejos de la familia que la creía loca, sino que además se encontraba “sola en París”, como le gustaba mucho decir.

En lo demás la pobre mujer, si bien no afrontaba problemas económicos por los cheques que con regularidad le enviaban de su casa, llevaba una vida monótona y triste, muy semejante a la de muchas otras personas cuyos lejanos familiares imaginan haciendo “la gran vida”. De sus clases iba ella al restaurante, de éste al hotel y de allí nuevamente a clases. Los domingos no tenía nunca nada que hacer. Y no es que no hubiera quien la buscara. Al contrario, la patrona del hotel había tenido que establecer, a petición de su clienta una especie de aduana para no dejar subir a la pieza de la estudiante a todos los que la buscaban. La virgen del artículo se mostraba muy avanzada en cuestiones políticas, especialmente en las feministas, pero cuando las cosas se relacionaban directamente con su vida, aplicaba los más antiguos principios.

—Justamente dos días después de haberlo visto a usted en el café —continuó mi amigo con mucho interés— iba yo a cumplir una cita que ella me había dado para ir a teatro, cuando alcancé a verla caminar hacia el Sena. La Rue de Seine es, como usted sabe, bastante solitaria en cuanto anochece, los anticuarios y libreros cierran sus almacenes. Por allí bajaba ella, y yo decidí seguirla mientras me le acercaba lo suficiente para llamarla. La mujer andaba rápidamente y cruzaba las bocacalles sin cuidarse de los vehículos. Al llegar al muelle se apoyó en la balaustrada. Estaba ella muy cerca del Puente Nuevo, y se veía que antes que el caudal del río le interesaba el rellano de los muelles, la superficie pétrea y ancha que estaba allá abajo. Al parecer, antes que lanzarse al agua se proponía desmenuzarse el cráneo. Me le acerqué despacio, buscando afanosamente en mi mente las palabras más apropiadas para abordarla. “Hasta aquí vine a cumplirte la cita”, le dije por fin y en son de broma. Ella volvió la cabeza lentamente y me miró con unos ojos que me infundieron miedo. Dijo luego con acento hostil: “Aquí no es la cita”. Pero instintivamente opté

por iniciar el regreso diciéndole en tono suave, pero imperativo: "Vámonos". Ella se mantuvo quieta y tensa unos segundos, pero luego obedeció. Ambos silenciosos y rezagándose ella un poco para impedir la conversación, tomamos la Rue Dauphine, que era una vía común para ir a nuestras respectivas viviendas. Yo miré mi reloj y vi que ya no encontraríamos abiertas las taquillas del teatro. Sin embargo, le pregunté: "¿Vamos siempre al teatro?". Ella contestó con voz lejana: "No". Al desembocar en la Rue de Saint-André-des-Arts, ella dobló hacia el norte, donde quedaba su hotel, y dijo con voz dura: "Hasta mañana". Esta vez no quise mirarla a la cara y seguí subiendo la calle, pero poco después de haber dejado la esquina regresé para verificar si mi amiga entraba en su hotel. Pude verla que ni siquiera miró hacia su vivienda, sino que siguió, y al llegar a la esquina siguiente dobló otra vez en dirección al Sena. "Bueno, me dije, aunque lograra impedirlo de nuevo, ya encontraría ella tiempo para realizarlo", y seguí mi camino.

Con verdadero interés le pregunté al amigo si se había producido el suicidio. El respondió preguntándome nuevamente si me acordaba de ella. Yo vi que aquello era como un precio que mi amigo cobraba por el final, me di cuenta además —por la forma de su pregunta— de que no había creído en mi falta de memoria, y le respondí que sí, que ya la recordaba. El prosiguió entonces:

—No se produjo el suicidio, pero sí otro hecho muy interesante: Ella había bajado al rellano del muelle, como en un reconocimiento del terreno, y fue violada por un "clochard" borracho. Parece que ella, siguiendo su consigna de bastarse a sí misma, no dio voces de auxilio; posiblemente también le tuvo miedo a la publicidad. Pasó una semana de dura crisis psicológica, pero hoy es una mujer completamente normal. Cuando fui a despedirme de ella me di cuenta de que su voz ya no es chillona sino suave y pareja. Le entendí que la condición social del hombre que la violó a la orilla del Sena y quien no hace más que beber vino no le permite hacer vida continua con él y mucho menos casarse. Pero ella le paga una pieza de hotel, cuida de que ande mejor vestido y se alimente más, y conciertan sus citas. Para esta, más que el hotel le gusta a ella la orilla del Sena. Cambia de malecón según la concurrencia de paseantes, y ella toma también un poco de vino. Como es natural, no ha vuelto a hablar de su virginidad ni de su artículo.

Se me ocurrió preguntarle a mi amigo si conocía al ex-"clochard".

—No —me respondió—, solo se que se llama Jacques. En nuestra última conversación ella lo nombró y yo le pregunté en seguida: "¿Quién es Jacques?". "¡Ah! —respondió ella mirándome con una sonrisa luminosa— es mi amigo, el amigo que estoy redimiendo". "Redención por redención", le anoté yo con cruda franqueza. "¡Pícaro!", me dijo rápidamente y amenazándome con una mano. Era ese el primer gesto femenino que le veía hacer... Como una prueba de la serenidad lograda por su espíritu me declaró lo siguiente: "Solo ahora les he tomado el gusto a los jardines del Luxemburgo. No me había dado cuenta de lo bella que es la Fuente de María de Médicis; ahora me detengo ante las estatuas de las reinas, y la que más me gusta es la de María Estuardo".